

ESOS NIÑOS

I
Asido de la mano de su abuelito, Miguelín, cinco años, cuerpo desme- drado, cara de pilluelo, presencia el desfile de las tropas que regresan de la Jura de banderas.

Es la primera vez que Miguelín asiste a una fiesta de este género, y el entusiasmo de su almita infantil al contemplar la brillante forma- ción es indescriptible.

Al paso de la artillería su admira- ción llega al colmo.

—Abuelito, pregunta. ¿Para qué sirven los cañones?

—Para tirar.

—¿Para hacer ¡bum, bum!, ver- dad?

—Eso es.

—¿Y para qué más?

—Para matar a los enemigos.

—¿Quiénes son los enemigos?

—Pues... a los que se mata.

—¡Ah! ¿Pero a los enemigos se les mata?

—¡Claro!

—Entonces yo no quiero ser ene- migo de nadie; yo no quiero que me maten.

—Descuida, dice el abuelo aprove- chando el chaparrón de preguntas pa- ra colocar una máxima moral; a los niños que son buenos no los mata na- die.

—Pasa una batería, otra, otra...

—Abuelo, pregunta de nuevo Mi- guelín. ¿Cómo se hacen los caño- nes?

El abuelo titubea, no sabe qué con- testar; al fin, para calmar la insa- ciable curiosidad de su nieto, recurre a un conocido chiste de almanaque, y dice:

—Pues mira, se coge un agujero, se rodea de hierro, y ya está.

—¿Sí?... interroga Miguelín muy asombrado.

—Sí, responde el abuelo; y así se hacen otras muchas cosas, agrega pa- ra evitar preguntas y eludir respues- tas.

Miguelín calla sorprendido. Le ad- mira la sencillez con que se fabrican los cañones y otras muchas cosas.

—Pasa otra batería, otra, otra...

II

Es en el gabinete de doña Salo-

mé, mamá de Miguelín. Este, ten- dido sobre una piel de tigra, juguetea con un falderillo. De pronto, el tim- bre de la puerta de entrada repique- tea por toda la casa.

—Señora, dice entrando la donce- lla, la señora de Villasol.

Consuelo Villasol es una de las ín- timas de doña Salomé.

—Pásela usted a la sala; me es- toy acabando de vestir. Oye, dice a su hijo, ve a la sala y entretén a esa señora hasta que yo vaya.

Miguelín deja de jugar con el goz- quecillo, y orgulloso de su comisión, sale del tocador de su madre.

—Buenas tardes, señora. ¿Cómo está usted?, pregunta saludando co- mo un hombrecito.

—¡Hola, monín!, responde la se- ñora mientras agrega mentalmente: ¡Qué chico más despierto!

Miguelín mira a la señora de arri- ba abajo, se sienta en el sofá, se ur- ga en las narices y calla. ¿Qué de- montres va a decir él a la señora a- quella? De pronto, exclama:

—¿Cuántos años tienes?

Consuel Villasol (née Malesquina) suelta una carcajada.

—¡Eso no se pregunta nunca! Pe- ro yo todavía puedo decirlo: tengo treinta y tres años.

—¿Treinta y tres? Y Miguelín clava con tal insistencia su mirada en las violáceas ojeras de Consuelo, que la señora de Villasol no puede por menos de ruborizarse ligeramente.

Tras de una ligera pausa se rea- nuda el diálogo. Ahora es la señora quien interroga:

—Y tú, ¿cuántos años tienes?

—Cuatro.

—¿Vas al colegio?

—Sí, a los Hermanos; y ya sé mu- chas cosas.

—¡Caramba, hombre!

—Mira, yo sé cómo se hacen todas las cosas.

—¿De veras?

—Y Miguelín, que ha encontrado un agradable tema de conversación, a- grega:

—¿Tú eres una mujer, verdad?

Pues yo sé cómo se hacen las muje- res.

—¡Niño!! ¡Qué precocidad!

—¿Quiéres que te lo diga?

—No, deja...

—Si es muy fácil! insiste Migue- lín.

—¡Pero, niño, calla!... dice Con- suelo dirigiendo la mirada a la puer- ta en espera de que la entrada de doña Salomé ponga final a aquella conversación.

—Oiga usted; ya verás cómo te gusta.

—¡Niño! ¡Por Dios! ¿Es eso lo que te enseñan los Hermanos?

Miguelín n hace cas. Está muy empeñado en que aquella señora se- pa de sus conocimientos.

—Mira, se coge un agujero...

—¡Canastos! ¿Quiéres callar, mu- ñeco?

Pero Miguelín continúa impertur- bable:

—Se coge un agujero, se le rodea de telas, de sedas, de puntillas ¡y ya está!

La señora de Villasol mira asom- brada al pequeño.

—Cuando yo sea grande, dice és- te, compraré muchos agujeros, y te- las y sedas y encajes, y tendré mu- chas mujeres, ¡muchas mujeres!

—¿Te hice esperar mucho, queri- da?, exclamó una voz en la puerta.

—¡Ah! Salomé...

Chasquidos de besos.

—Y este diablejo, ¿te ha hecho bue- na compañía?

—¡Oh! responde Consuelo. Tienes un niño terrible...mente encanta- dor.

Miguelín dedica una sonrisa a la señora de Villasol y se dispone a ojear un álbum de postales. Las dos amigas comienzan el despellejeo.

—¿Sabes lo que dicen de Juanita Casanova? Pues que... Pero no:

Las once dan, yo me duermo; quédese para mañana.

Vicente VEGA.



¿No te ha picado la curio- dad mi traje de araña, Simón Eduardo?

—Yo deseara que me picara a araña, Juanita.

AL MARGEN DEL ...

ria a la servidumbre o a los pueblos a la guerra y allí sobre intermina- bles carices, en el lodo, bajo los ca- ses, bajo la metralla millones de ino- centes víctimas mueren asesinados. Ese es el nacionalismo! Esa es la guerra ese es el Bocerro da oro, esa es la miseria!

Y ese Nacionalismo estr el señor Secretario, a veces hipócrita, a veces cínico, usted lo ha dicho, es una ré- torica de la sociedad.

Cuándo oh! nacionalismo detestable, odioso, que favoreces los verdugos y renuevas los esclaves, nacionalismo sangriento, hacedor de crímenes, de guerras y de miserias, cuándo podrá- nos destruirte definitivamente a fin de que la democracia construya un presente rico de justicia, de bondad y de paz?

Demetrio A. PORRAS.

HOTEL ESPAÑA

—DE—

MATIAS CARBONA

CONFORT Y BUENA ALIMENTACION A

PRECIOS REDUCIDOS.

PLAZA DE SANTA ANA.

HOTEL ITALIANO

Avenida Central 64.—Teléfono 833

Macarrones los Jueves; Macarrones y Rabioles los Domingos. Cantina provista de los mejores licorés extranjeros y del país.

TRATO EXCELENTE—CONFORT.—BUENA ALIMENTACION

Fumen los afamados Cigarrillos

LA LEGITIMIDAD

Llegan frescos todas las semanas.

Agente: JOSE PADROS.

De venta en todos los establecimientos del ramo.

Avenida Sur, No. 17.—Tel. No. 48.

10

CENTAVOS ORO EL PAQUETE

LA TAHONA

PANADERIA Y DULCERIA.—HELADERIA Y REFRESQUERIA.—TE, CAFE Y CHOCOLATE

Servicio desde las 5 a. m., hasta las 12 p. m.

LLAME AL TELEFONO No. 909.

..... Avenida Central número 55.

“LA MODERNA”

COLON, R. de P.

(Avenida Balboa y Calle 9a-

Con sucursal en Avenida Bolívar, entre 11 y 12

La fábrica nacional de muebles que más garantías ofrece, en cuanto a pagos fáciles a plazo. Toda clase de muebles para un hogar decente. Muebles para oficinas, Escritorios, Estan- tes, Cómodas, Aparadores, Mecedoras, Sillas Poltronas, Sofás, Cunas, Almohadas y Cuadros para Fotografías.